

Algunas reflexiones acerca de la inminente desaparición del libro

*Bruno De Vecchi E. **

EL INVENTO, hace poco más de 50 años, de la computadora electrónica y su mucho más reciente transformación de medio de cómputo en un medio de usos más amplios —especialmente la comunicación y el entretenimiento— ha llevado a su ingreso, desigual y parcial, a la vida cotidiana de un número significativo de personas. Con este uso se están generando nuevas formas de comunicación, de relación (y desde luego de comercio) que han puesto en jaque algunas de las ideas sobre la comunicación y sobre el conocimiento que se consideraban ‘naturales’ y, por lo mismo, inamovibles.

En el discurso que se ha generado alrededor de los nuevos medios digitales aparece recurrentemente —para horror de muchos— la idea de que el libro va a desaparecer. La idea en sí no es realmente nueva, se ha planteado por lo menos desde hace unos 100 años, desde la época en que el cine empezó a contar historias. Desde entonces, con el surgimiento de cada nuevo medio de comunicación audiovisual con posibilidades de registro y con posibilidades narrativas el anuncio del fin inminente del libro se repite. Pero el asunto parece plantearse con más fuerza ahora como consecuencia de la generalización del uso de la computadora y de los medios digitales, porque, por una parte, los medios digitales plantean y posibilitan un cambio cualitativo en el manejo de la información y, por otra, su utilización masiva por un gran número de usuarios en todo el mundo hace inevitable una revaloración de los medios tradicionales de escritura y lectura.

* Profesor e investigador de la UAM-Xochimilco.

Sin duda las tecnologías computacionales son uno de los factores que están moldeando y redefiniendo algunos de los patrones culturales y la propia idea del mundo de amplios sectores de población en países con todo tipo de niveles de desarrollo (o de subdesarrollo). Incluso, para autores tan distintos como Nicholas Negroponte¹ o Giovanni Sartori,² son uno de los factores principales (para Negroponte son simple y llanamente el factor principal, para él nuestra era se define por la utilización de los medios digitales, es la era digital). Me parece que todavía está por verse si el peso real de estos cambios en la cultura es el que se anuncia. La duda surge —en principio— al compararlos con algunos de los saltos tecnológicos más significativos en la historia (la invención de la agricultura, la escritura, la imprenta, por ejemplo) cuyo impacto ha afectado todos los ámbitos y ha sido a la larga irreversible. No podemos dejar de constatar que el impacto de los medios digitales en países como el nuestro es hoy relativo y desigual: existen sectores urbanos para los que estas tecnologías son de uso cotidiano, pero coexisten con muchos otros sectores —rurales y urbanos— que poco acceso —si alguno— tienen a estos nuevos medios digitales.

Aún así, es claro que estamos viviendo una transformación de importancia en el ejercicio comunicativo, y que esta transformación ha generado su propia terminología y su propia mitología, en la que el tema de la desaparición inminente del libro —desde hace centurias el depósito por excelencia de la cultura— juega un papel central.

Las tecnologías que el hombre ha inventado para comunicarse son mucho más que canales por los que se transmite la información (como proponen algunas teorías de la información); juegan un papel activo en el intercambio simbólico (sin llegar tampoco a considerar al medio mismo como mensaje a la manera de la proclama de McLuhan). En esta perspectiva —coincidente con Walter Ong y muchos otros— las formas de escritura y de organización del texto que permiten o fomentan los medios

¹ Nicholas Negroponte, *Ser digital*, Océano, México, 1996.

² Giovanni Sartori, *Homo Videns, La sociedad teledirigida*, Santillana, Taurus, 1998.

digitales representan la más reciente de una serie de transformaciones que ha sufrido la palabra desde su origen verbal y que ha pasado por las invenciones de la escritura, la utilización de diversos soportes y la invención de diversas formas de reproducción. Vistas así, las nuevas formas de escritura y las nuevas relaciones que se pueden establecer con el lector pueden tener antecedentes, algunos de ellos muy remotos.

Sin embargo, cuando se habla de que con la computadora está sellada la suerte del libro, que éste desaparecerá irremediablemente, se simplifican muchas cosas. Veamos:

Un primer problema es que se tiende a hablar de *el* libro y *la* computadora (o el ordenador, según el caso) como si fueran tecnologías únicas, estables y monolíticas; cuando hablamos del libro y de la computadora estamos hablando de varias (no sólo dos) tecnologías de la escritura y la lectura diferentes.

Segundo, el discurso se desarrolla muchas veces en un nivel solamente tecnológico; la discusión se da frecuentemente sólo al nivel de las interfaces —que si el libro es ligero y transportable, que si se siente de tal manera, que si huele así o asado—, centrándose en aspectos ergonómicos que pueden cambiar y que históricamente han cambiado; en el caso de las computadoras o lo que vaya a sustituirlas para la lectura y la escritura, los cambios están aún por verse, pero sin duda la mediación tecnológica que nos imponen tiende a disminuir.

Un tercer punto es que detrás de la discusión hay todo tipo de intereses, detrás de cada medio hay varias industrias que se juegan mercados, influencias y ganancias; no sólo se habla de saber o de cultura, se habla de industrias concretas que mantienen o modifican —lo quieran o no, les interese explícitamente o no— el papel que el libro juega en nuestra cultura, su valor simbólico y su mercado.

Por último, hay que señalar que detrás de esta discusión hay por lo menos dos fundamentalismos: uno que defiende y endiosa a las nuevas tecnologías digitales, y otro que habla del libro como un objeto perfecto, casi sagrado. Ambos llevan la discusión al campo del puro voluntarismo que hacen depender de la historia o el gusto personal el resultado de la discusión. Ambos se equivocan al

pensar que en el libro cabe todo y que la computadora puede hacerlo todo.

No se puede hablar del libro como si fuera un medio, porque en realidad son muchos medios distintos que cubren necesidades de comunicación o de información diferentes, por lo que su supervivencia —que ahora vemos como un problema frente a la embestida de los medios digitales, o mejor dicho frente al discurso de lo digital— será desigual, en función de ventajas o desventajas específicas de cada tipo de libro frente a otros medios, en función de qué es lo que sustituye y qué es lo que potencia.

Tampoco la computadora puede ser entendida como un medio único. Es un mucho más que un solo medio, es un metamedio que puede soportar, manejar y transformar muchos tipos de información con características muy diversas: “la idea esencialista de que hay un medio computadora que se puede definir como una estructura singular con formas propias de comunicación es insostenible y solo puede estar basada en una comprensión muy limitada de las aplicaciones y de la teoría de los medios”, nos dice Aarseth³. No se puede confundir lo que se puede hacer con un procesador de texto que con un programa de animación o uno para hipertexto o multimedia; es diferente la tecnología que permite modificar los propios textos estructurados linealmente que la que permite escoger caminos dentro de un texto complejo o, aún, elaborar textos en forma colaborativa en línea, o modificar los textos de otro autor o, incluso, enviar comunicaciones de cualquiera de los tipos anteriores o de otros de una computadora a otra. Las posibilidades son amplias y, al empezar a hacer diferencias, autores como Janet Murray o Espen Aarseth hacen ver que muchas de las formas textuales que se basan en la computadora tienen más en común con los medios basados en papel que con otras formas propias de la máquina.

La desaparición del libro no llegará, se dice insistentemente, porque el libro tiene enormes ventajas sobre la computadora. El

³ Espen Aarseth, *Cybertext. Perspectives on Ergodic Literature*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1997

libro es transportable, ligero, su costo es bajo, es fácil de usar, es de acceso aleatorio, “Hasta te puedes sentar en ellos para alcanzar un frasco de mermelada” dice el gurú digital Nicholas Negroponte. Como contraparte, se ha señalado insistentemente que la computadora es un medio poco atractivo para la lectura de textos amplios o complejos; sin embargo sabemos que en un futuro cercano estos argumentos dejarán de ser válidos porque más temprano que tarde los equipos de cómputo se volverán más amables para la lectura. Ya los científicos de MIT han anunciado como algo inmediato medios electrónicos de lectura ligeros y flexibles con una definición comparable o mejor que la de los libros impresos que, si se quiere, podrán sentirse y hasta oler como el papel⁴.

En contra de lo anterior, hay que mencionar que, así como la computadora nos atrae a muchos —me incluyo desde luego—, también nos asusta un poco, y la amenaza que se nos dice que representa para el libro nos incomoda a los que aprendimos a leer en papel, a los que estamos inmersos en la cultura del libro y la valoramos como la expresión máxima de la cultura a secas. Las generaciones que vienen detrás no sólo no tienen esos resquemores, sino que ni siquiera se lo plantean como un problema: “Los que hemos pasado la vida encariñados con los libros —dice Janet Murray⁵— nos aproximaremos siempre a la computadora con algo parecido al terror de mi abuela frente al radio de cristal, pero nuestros hijos están familiarizados con el joystick, el ratón y el teclado. Dan por sentada la fuerte presencia sensorial y los formatos participativos de los medios digitales y están impacientes por saber qué sigue.”

Contra lo que pudiera pensarse por la prosperidad de los fabricantes y vendedores de computadoras y programas, las industrias editoriales no están en quiebra en el mundo. Datos de Negroponte hablan de 50 000 títulos publicados por año en los Estados Uni-

⁴ David Jay Bolter, uno de los autores más serios en el campo de la teoría del hipertexto digital, juega con este asunto al señalar como característica del hipertexto el que no puede ser llevado a una tina de baño.

⁵ Janet Murray, *Hamlet on the Holodeck, The Future of Narrative in Cyberspace*, The Free Press, Nueva York, 1997, p. 2.

dos, con tirajes de entre 5 000 y 800 000 ejemplares. La cantidad de libros publicados y de ejemplares lejos de disminuir parece aumentar, y las ventas no sólo se hacen a través de librerías, sino a través de las redes de cómputo. En 1996 las empresas vendedoras de libros en línea duplicaban su número cada 50 días; en 1999 el hombre del año para el *Time Magazine* fue Jeff Bezos, el inventor de *Amazon*⁶ (que se anuncia como la librería más grande del mundo y que ciertamente es una de las que tienen un catálogo más amplio y una cobertura mundial). Datos de Alejandro Piscitelli hablan de 52 millones de ejemplares impresos en Estados Unidos en 1997 y de 12 000 títulos al año publicados en Argentina⁷. Pero esto no quiere decir que, detrás de esta prosperidad (que habría que ver si es generalizada), no está latente la posibilidad de un colapso. Sería interesante saber si a este incremento en el número de libros publicados corresponde un incremento en la lectura. Habría que preguntarse —como lo hace Gabriel Zaid⁸— si este incremento en el número de libros ofrece ventajas reales a los lectores potenciales.

Los editores mexicanos se quejan de una difícil situación. No tengo datos actuales sobre la cantidad de libros publicados, pero es claro en México que, en medio de una crisis generalizada los precios de los libros son cada vez más altos, que es difícil comprarlos, que la mayor parte de las librerías viven del libro de texto y que el número de librerías no crece; igualmente cierto es que las nuevas formas de comercialización del libro y de muchas otras cosas están cambiando el panorama e incidirán no sólo en las formas de vender libros, sino en las de publicarlos.

Pero lo que hay que ver es que lo que importa al lector frente a un medio está —¿o debiera estar?— más en lo que se dice, que el formato en el que se dice: lo que interesa es la información, y

⁶ Aunque sin duda su nombramiento tiene más que ver con las nuevas formas de hacer negocios en la *www* que con el fomento a la lectura.

⁷ Alejandro Piscitelli en *Interlink Headline News 1187, 1188, 1189*, www.webcom.com/poetas/interlink o www.torres.com/interlink/ihln.html

⁸ Gabriel Zaid, *Los demasiados libros*, Océano, México.

por esto la pregunta inicial —sobre la desaparición del libro— no puede responderse en bloque, hay que ver qué tipo de discursos y en qué estructuras es capaz de soportar cada medio, a qué costo, para quiénes, etc.

El libro, por su forma misma como objeto, tiende a imponer formas lineales de lectura, pero es cierto que esta no es una fatalidad (a diferencia de medios como el cine, la televisión y la radio, que son lineales y determinados temporalmente por definición, ya que su transcurso está determinado de antemano). El lector se puede mover libremente dentro de un libro, pero según autores como Bolter, Landow, etc., hay algo en su carácter de objeto aislado y en su estructura misma que invita a no hacerlo; los libros proponen —salvo excepciones como las enciclopedias, los diccionarios y algunos libros de oraciones— una lectura lineal de la primera a la última página. Y esta forma lineal se ha tratado de imponer no sólo al libro, sino a todo tipo de textos y, si vamos al límite, al pensamiento occidental mismo, proponiendo, además, que esta es la forma natural del pensamiento del hombre. No todos piensan que esto sea sostenible, y autores como Aarseth plantean, más bien, que uno de los órdenes posibles del libro es el lineal, pero que dentro de esta tecnología caben muchas formas de organizar la información, incluso muchas no lineales. Plantean que el formato libro no está agotado en sus posibilidades, ni siquiera en sus posibilidades como medio lineal, y que el camino de las nuevas formas de lectura y escritura —por ejemplo el hipertexto— no está cerrado para el libro impreso. Esto último se planteó hace décadas⁹ con textos impresos —en cierto sentido experimentales y únicos— como *Rayuela* de Julio Cortázar o *Pálido fuego* de Nabokov, que no son estrictamente lineales.

La historia de los medios digitales de escritura apenas comienza, la del libro tiene ya muchos años. El codex no nació en su forma actual, su organización actual se fue definiendo poco a poco, no sin resistencias y a lo largo de siglos, desde su aparición alrede-

⁹ La no linealidad —o más correctamente la multicursalidad— tiene antecedentes en “libros” muy anteriores al concepto actual de libro, como por ejemplo el *I Ching*.

dor del siglo V, hasta llegar a su forma actual. Características que nos parecen naturales o intrínsecas en el libro, como la separación entre las palabras, la división temática, la escritura en columnas, o la lectura individual se fueron inventando, probando e imponiendo poco a poco; el libro se fue achicando y unificando temáticamente, se conformaron los géneros y los temas que merecían ser publicados, se inventaron divisiones internas jerarquizadas, como la división por capítulos, se inventaron los índices, las citas al pie, etcétera. Cambiaron también las formas de lectura (colectiva en voz alta, individual en voz alta o en silencio, con los lectores de pie o sentados, etc.) y la conformación del universo de los lectores, así como los papeles y el valor relativo que tiene lo escrito, lo publicado y lo impreso en el universo simbólico.

Los libros medievales tenían un carácter antológico, enciclopédico, se componían como una suma de notas, lecturas, recuerdos, reflexiones. Hacia el fin de la Edad Media, con los manuscritos iluminados, el libro se había vuelto una compleja red de significaciones verbales y visuales que David Jay Bolter compara incluso con el multimedia. En 1455 Gutenberg inventó la prensa para imprimir, pero no inventó el libro tal como hoy lo conocemos. Llevó cerca de 50 años de experimentación el poder establecer convenciones tipográficas como la de los tipos legibles, la numeración de las páginas, la división del texto en párrafos, y también el poner páginas con el título, los prefacios, la división por capítulos y todo lo que hace hoy en día del libro impreso un medio coherente de comunicación. Si a alguien se le puede atribuir el invento del libro como lo conocemos hoy es a Aldo Manuzio, quien imprimió a los clásicos en un formato pequeño y transportable —el octavo (octavo del pliego de impresión)—, y numeró las páginas poco antes del 1500 en Venecia.

Por un tiempo el texto dominó las páginas de los libros impresos,¹⁰ pero ya en el siglo XVI algunos libros tenían algunas —pocas— ilustraciones impresas; en el XVII algunos libros, como los de

¹⁰ aunque se dejaban espacios para 'iluminar' —dibujar— a mano, por ejemplo para decorar los márgenes o las capitulares

ciencias, dependían fuertemente de ilustraciones que debían ser reflejos fieles de sus fuentes. Los últimos tomos de la *Enciclopedia* de D'Alembert y Diderot, en el XVIII, estaban dedicados a imágenes que remitían a los artículos en otros volúmenes, con lo que se construía una máquina no lineal para el conocimiento, que “nos muestra a la vez una visión global que intenta ser abarcadora, como propone la modernidad, y una visión fragmentaria, como propondrá más adelante la postmodernidad”.

Gran parte del discurso sobre la desaparición del libro está relacionado con la idea de que a nuestra época, señalada por la postmodernidad, corresponden nuevas formas discursivas abiertas, no lineales que genéricamente se identifican con el hipertexto y con la multimedia. Paralelamente vienen las ideas de que la computadora es capaz de manejar naturalmente estas formas de organizar la información (y la imprenta no) y la de que el pensamiento humano está organizado de cualquier forma menos la lineal que, ya se dijo, se asocia con el libro impreso.

Escritos con estructuras complejas publicados en papel hay muchos, desde las enciclopedias y los diccionarios hasta obras literarias como las de Milorad Pavic, los generadores de poemas de Queneau, alguna obra de Italo Calvino (*Ciudades invisibles*) o las ya mencionadas de Cortázar o Nabokov. En muchas de estas obras la lógica de la narración es discontinua, cambiante, se pierde el centro, ya no vemos más que fragmentos de narraciones que toca al lector hilvanar. El lector puede seleccionar dentro de múltiples flujos de acuerdo a sus ritmos, sus énfasis, sus preferencias. Esto se puede hacer lo mismo con muchos otros libros con estructuras abiertas o con una novela hipertextual como *Afternoon* —novela cuya lectura solo puede hacerse en una computadora— o con una novela impresa como *Rayuela*, por citar dos ejemplos estructural y temáticamente muy cercanos entre sí.

Por otra parte hay obras estrictamente lineales, con una apertura significativa de otro tipo, paradigmática, como el *Ulises* de James Joyce o —de una manera distinta— alguna novela de Italo Calvino como *Si una noche de invierno un viajero*. Este tipo de apertura, situada más en el nivel los significantes que en la organización del

texto, parece encontrar hoy un mejor lugar en el libro impreso que en medios electrónicos.

Pero hay géneros nuevos —como la novela hipertextual ejemplificada por *Afternoon* de Michael Joyce o *Victory Garden* de Stuart Moulthrop— que no tienen equivalente impreso y cuya temática y calidad ha logrado que sean aceptadas como literatura por la crítica literaria y la academia. Si prosperan estas nuevas formas de narrativa multicursal y algunas de literatura participativa en línea, ciertamente el libro —la narrativa impresa, más puntualmente— vería modificado significativamente su lugar en el campo de la cultura.¹¹

Muchos géneros de la literatura —por su parte— siguen leyéndose hoy mejor en un libro. Las interfaces maravillosas que anuncia Joseph Jacobson, del MIT —verdaderas bibliotecas electrónicas encerradas en un solo libro que parecerá de papel, que tendrá una definición comparable y que incluso se sentirá y olerá como papel, que podrá contener todos los libros que uno quiera, utopía de una gran biblioteca en un solo volumen— todavía no llegan. No se puede dejar de señalar que estos nuevos soportes que deben sustituir —nos dicen— al libro no pueden independizarse del mismo libro, son las metáforas electrónicas del viejo medio, se parecen mucho —demasiado— a lo que pretenden sustituir. Si se desarrolla un gusto por estos nuevos medios el libro —el objeto— que hoy conocemos podría dejar de ser especialmente atractivo.

Veamos otro tipo de libro, las enciclopedias. Las enciclopedias impresas en papel desde hace varios años —alrededor de 1993— perdieron la batalla frente a las enciclopedias multimedia, la diferencia es tal, en precio, en la conveniencia —que en muchos casos está por verse— de tener imágenes en movimiento y sonidos, e incluso en el impacto ecológico que significa su producción, que

¹¹ Hay algunos intentos de traducción de novela impresa a medios electrónicos. Destaca *Il castello dei destini incrociati* de Italo Calvino en versión hipertextual de Alberto Cecchi (en Storyspace, s/f). Con la estructura fragmentaria del texto impreso y con la forma en que se estructuran las historias de este libro, Calvino había recorrido la mitad del camino hacia este nuevo Castillo electrónico que es y no es el mismo Castillo impreso (*El castillo de los destinos cruzados*, Siruela, Madrid, 1995).

las diferencias parecen correr todas a favor de una buena enciclopedia en multimedia. El argumento definitivo es el precio, pocos —por nostálgicos del papel que sean— están dispuestos a pagar el equivalente a lo que cuesta una computadora con todo y enciclopedia para tener una enciclopedia en papel que ocupa todo un librero.¹²

Algunas otras formas del libro, —como el libro académico en el que se dan a conocer investigaciones, novedades o avances— parecen —esos sí— condenados a desaparecer, porque los que leen y los que publican tales libros tienen hoy mejores opciones o por lo menos más inmediatas y al alcance de publicación sea en cédula o en línea. Igualmente hay ventajas de tiempo y acceso para los lectores.

La historia de los medios, especialmente la ecología de los medios puede decirnos algo al respecto. Pensemos en un medio que efectivamente desapareció, el cine mudo: como medio narrativo el último cine mudo llegó a tener un lenguaje mucho más desarrollado que el del primer cine sonoro, como medio informativo era sin duda más limitado que el nuevo medio sonoro. Pero el cine mudo desapareció —yo creo— porque como medio se parecía demasiado (o así lo hizo creer la industria) al cine sonoro, y porque tuvo que compartir las mismas cadenas de distribución que se alinearon —¿cuándo no lo han hecho?— con lo que parecía ser un mejor negocio. Sin embargo eran medios más diversos entre sí de lo que generalmente se considera, simplemente porque el cine sonoro iba dirigido con claridad a otros sentidos además de la vista.

En la comparación del libro y los medios digitales de escritura estamos hablando de medios distintos con formas de distribución

¹² Desde luego que una enciclopedia multimedia requiere de un nuevo tipo de lector, alfabetizado computacionalmente pero que además pueda valorar y digerir la información y las opiniones que tiene enfrente (texto, imagen, sonidos, etc.) y no sólo cortar y pegar los artículos de —digamos— la *Encarta* o la *Grolier*. El cortar y pegar posibilita que los estudiantes de secundaria y preparatoria puedan entregar en la escuela trabajos de treinta cuartillas —todos iguales entre sí— sobre temas que desconocen por completo. Para evitar esto hay escuelas que exigen que los trabajos se entreguen manuscritos.

y consumo distintos, dirigidos —potencialmente por lo menos— a sentidos distintos, que ofrecen posibilidades comunicativas distintas; tal vez realmente no hay competencia entre ellos. Libros con imágenes ha habido desde hace mucho, ahí no hay realmente gran diferencia, en la capacidad de añadir sonido al texto podría haberla. Libros con sonido no habrá (salvo unos cuantos juguetes), pero tampoco hay —¿todavía?— muchos libros electrónicos o multimedia en los que el sonido juegue un papel fundamental.

Pero en el fondo lo que definirá el futuro del libro o su reinención o reconversión en alguna otra cosa será la utilidad que pueda tener para el personaje central en este asunto: el lector. En la parte final de *Si una noche de invierno un viajero*¹³, Italo Calvino presenta una escena en la que varios ‘lectores’ de libros se encuentran casualmente en una biblioteca y plantean a un lector que está fuera del libro —y que nos representa a nosotros— lo que para cada uno de ellos representa la lectura. desde luego que se refieren a la literatura y no a cualquier lectura, pero lo que plantea Calvino es esclarecedor. Dice el primero: “Si un libro me interesa realmente, no logro seguirlo más que unas cuantas líneas sin que mi mente [...] se salga por la tangente y salte de pensamiento en pensamiento, de imagen en imagen, por un itinerario de razonamientos y fantasías que siento la necesidad de recorrer hasta el final, alejándome del libro hasta perderlo de vista. El estímulo de la lectura me es indispensable, y de una lectura sustanciosa, aunque sólo consiga leer unas cuantas páginas de cada libro. Pero ya esas páginas encierran para mí universos enteros, a cuyo fondo no consigo llegar.” El segundo señala que “en la inmensa extensión de la escritura la atención del lector distingue segmentos mínimos, uniones de palabras, metáforas, nexos sintácticos, tránsitos lógicos, peculiaridades léxicas que revelan una densidad de significado sumamente concentrada. [...] Cada vez que me topo con uno de estos coágulos de significado debo continuar para ver si la pepita se extiende en un filón. Por eso mi lectura no tiene fin nunca: por eso leo y releo...”. El tercero

¹³ Italo Calvino, *Si una noche de invierno un viajero*, Siruela/Bolsillo, Barcelona, 1997, pp. 282 y ss.

también relee, pero en cada lectura le parece leer por primera vez un libro nuevo, su conclusión es “que la lectura es una operación sin objeto; o que su verdadero objeto es ella misma. El libro es un soporte accesorio o incluso un pretexto”. Para el cuarto, cada libro nuevo que lee entra “a formar parte de ese libro total y unitario que es la suma de mis lecturas. ésto no ocurre sin esfuerzo: para componer ese libro general, cada libro particular debe transformarse, entrar en relación con los libros que he leído anteriormente, convertirse en su corolario o su desarrollo o refutación o glosa o texto de referencia...”. “También para mí todos los libros que leo llevan a un único libro —dice un quinto lector— [...], pero es un libro de tiempo atrás, que aflora apenas de mis recuerdos. [...] En mis lecturas no hago sino buscar aquel libro leído en mi infancia. Pero lo que recuerdo de él es demasiado poco para hallarlo.” Para el sexto lector lo más importante es el momento que precede a la lectura “a veces el título basta para encender en mí el recuerdo de un libro que acaso no existe. [...] si a ustedes les basta con poco para poner en marcha la imaginación, a mí me basta con menos: la promesa de la lectura.” Para el siguiente lector “lo que importa es el final [...] pero el final de verdad, último, oculto en la oscuridad [...] mi mirada excava entre las palabras para tratar de distinguir qué se perfila en lontananza, en los espacios que se extienden más allá de la palabra ‘fin’”.

El punto está en que las formas de lectura pueden ser muy complejas, que en buena parte son personales, y que finalmente no están completamente determinadas por el medio. Lo que estos personajes de Calvino dicen del libro, toman del libro, exigen de un libro ¿Lo podrían obtener con los nuevos medios de escritura y lectura? Por lo menos una buena parte sin duda. Lo que queda claro en esta discusión es que hay que ahondar más en las funciones que para los lectores tiene la propia lectura o cómo se le llame en los nuevos medios. Son los lectores —no puede ser de otra manera— los que definirán el papel que el libro tendrá en el futuro en un mundo marcado por la comercialización de la información.

¿Estará el libro —la literatura impresa— en peligro cuando la respuesta a las preguntas de Calvino sobre la novela puedan ser

respondidas por otro medio, un medio digital, maleable, descentrado, colaborativo, etcétera? No lo creo, no del todo, porque finalmente los medios no están en una competencia entre sí, porque los medios no cumplen las mismas funciones. Así como no desapareció la novela con el cine, ni el cine con la televisión, así creo que el libro no desaparecerá con los medios de lectura digitales, tomará un nuevo lugar, tal vez ya no el principal, entre las tecnologías de la escritura.